JORGE GUILLEN: EL POETA Y NUESTRO MUNDO

POR

FRANCISCO JAVIER DIEZ DE REVENGA

Cuando Jorge Guillén publica su libro *Y otros poemas* (1) tiene ya ochenta años que ha cumplido en ese 1973. Puede decirse que el poeta, a lo largo del libro, realiza una última confesión de que ha vivido —en frase de Neruda—, aunque éste su último libro no sea, en el estricto sentido de la palabra, un libro de memorias. Parece, sin embargo, que sí hay en él, y en gran medida, mucho de *memoria*, más de evocación y recuerdo subjetivado en la perspectiva de lo crítico y hasta de lo satírico.

Uno de sus más recientes comentaristas, Ivar Ivask (2), asegura que la obra de Guillén —la obra completa: *Cántico, Clamor, Homenaje, Y otros poemas* (*Aire nuestro y otros poemas*)— refleja más de medio siglo, casi setenta y cinco años de su vida, y que de ella, del mismo modo que se han extraído poemas para realizar bellas selecciones como los *Poemas de Castilla* (3), *La suite italienne* (4), *el Cántico americano* (5) o *Historia natural* (6), se podían formar otras colecciones temáticas entre las que no podría, de ningún modo, faltar alguna sobre la guerra civil, la postguerra u otros temas estrictamente políticos o satíricos, que sorprenderían a más de un lector superficial del primer *Cántico*.

---

(1) JORGE GUILLÉN: *Y otros poemas*, Muchnick Editores, Buenos Aires, 1973.

(2) IVAR IVASK: «*Poesía integral en una era de desintegración*», en *Jorge Guillén*, Taurus, Madrid, 1975, p. 45.

(3) JORGE GUILLÉN: *Poemas de Castilla*, Santiago de Chile, 1968.

(4) JORGE GUILLÉN: *Suite italienne*, All'insegna del pesce d'oro, Milán, 1964.

(5) JUSTINA RUIZ CONDE: *El Cántico americano de Jorge Guillén*, Turner, Madrid, 1973.

(6) JORGE GUILLÉN: *Historia natural*, Papeles de Son Armadans, Palma de Mallorca, 1960.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

El poeta ha ido ampliando su obra con el tiempo y registrando en ella, cada vez con mayor fecundidad, los impulsos vitales que han forjado su dilatada existencia, por lo que puede afirmarse que su último libro es toda una gran culminación de aquella obra en la que lo humano, lo más intensa y entrañablemente humano, ha ido abriéndose paso entre temas más moderadamente superficiales, escasos por otro lado en la obra de Guillén.

Y otros poemas refleja sobre todo la existencia del hombre en el mundo, en ese mundo nuestro que nos ha tocado vivir, contra el que el poeta viene rebelándose desde los años de *Maremágnum*, aunque ahora el punto de vista, el enfoque sea mucho más afiladamente irónico en su más frecuente y general expresión. Aun así, no está ausente la nota de desánimo y resignación o la de cólera que supera al «clamor», como ha señalado Oreste Macrí (7).

Pero vamos a centrarnos en este trabajo en una serie de temas que parecen extraordinariamente sugerentes de una actitud ante la vida, que los años han modulado. La venturosa vejez de Guillén le hace observar nuestro mundo, el mundo moderno, con un escepticismo irónico y elegante que le permite superar, y en algunos casos menospreciar, lo que a otras mentes cándidas pudiera parecerles deslumbrante.

Los años del poeta, ese estar de vuelta de muchas cosas, y la residencia en un país tan avanzado, tremendamente industrializado, le hacen conocer bien, muy de cerca, lo que el mundo moderno puede ofrecerle. Téngase en cuenta que Guillén, nacido en Valladolid, es un temperamento —según se desprende de muchos de sus poemas— amante de la sana tradición y de los viejos valores, que no por viejos son perecederos o caducos, sino permanentes y vivos. Italia ofrece a Guillén mucho en este sentido, y con frecuencia aparece en sus páginas, como también los veteranos temas de la naturaleza, las flores, los árboles, el cielo, el mar, los ríos..., aunque siempre envueltos en un simbolismo que, unas veces profundo, otras más claro, en todo caso aparece intelectualizado y nos sirve a los lectores para hacernos sentir inmersos en nuestra propia existencia.

La poesía actual vive, y ha vivido recientemente, una rebelión constante contra ese mundo moderno que nos toca vivir. Los poetas del 27 sintieron bien de cerca la invasión de los objetos que cambiaban nuestro existir con su presencia. Recuérdense aquellas lejanas y redondas, blancas chicas de «Underwood» que eran las teclas de la máquina de escribir, o el esplendor de la bombilla eléctrica que Salinas quiso, con su verso, destrivializar. O aquellos hoteles de la primera poesía superrealista de

(7) ORESTE MACRÍ: *La obra poética de Jorge Guillén*, Ariel, Barcelona, 1976, p. 51.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Alberti, que también dedicó un conocido madrigal al billete del tranvía. Pero aquellos iniciales coqueteos con las cosas del mundo moderno, no hacían sino emocionar al incondicional, *épater le bourgeois* y muy poco más. Sólo más tarde, cuando García Lorca canta su asfixiante experiencia neoyorquina, ingresa en nuestras letras una preocupación por el mundo moderno infinitamente más comprometida, que recientemente hemos sentido en otro libro sobre otra gran urbe: *Roma, peligro para caminantes*, de Alberti (8).

Guillén presentó a sus lectores, ya en el primer libro de *Clamor, Maremágnum*, lo que iba a ser una línea que ahora, al paso de los años, vemos hermosamente continuada: la línea de la contemplación del mundo que nos rodea como algo que el poeta analiza con pasión subjetiva de viviente. Como es natural, no pueden faltar los tremendos «adelantos» de nuestro mundo moderno, que no hacen sino desgastar y envilecer nuestro sentido humano, aunque no la inspiración del poeta rebelde. *Y otros poemas* —podrá verlo el lector— es mucho más que todo esto, sin embargo, aunque no sea poco lo que nuestro mundo —moderno, mecanizado e inhumano— representa en el libro.

Una amplitud temática en el enfoque de su inspiración es la que permite a Guillén sentirlo y cantarlo todo, como nos advierte una de las «glosas» que componen el libro (p. 198):

Inspiración. Hallo cosas
Que no buscaba mi pluma.
Están ante mi conciencia
Que las ve. Todo se suma.

¿Hay segunda inspiración?
El hallazgo considero
Con la vista de mis ojos:
Es certero o no certero.

Inspiración, intuición,
Algo elemental, instinto,
Con sol, con luna o con lámpara
Misterio jamás extinto.

«Todo se suma». No cabe duda. Este sería el sentido general de *Y otros poemas* y por extensión de toda la obra de Guillén. Sentido

(8) FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA: «Dos poetas, dos ciudades (Lorca-Alberti: Nueva York-Roma)», *Estudios literarios dedicados al Profesor Mariano Baquero Goyanes*, Murcia, 1974, pp. 55-68. El libro de Rafael Alberti es *Roma, peligro para caminantes*, Joaquín Mortiz, México, 1968; *Litoral*, Málaga, 1974, y Biblioteca Breve, Seix Barral, Barcelona, 1976.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

de estar en el mundo y vivirlo, relatándolo y haciéndolo sentir a los lectores. Sentir en cierto modo la historia, o la comedia o la tragedia, de cada día. Marichal ha señalado que en esto Guillén sigue una línea hace tiempo iniciada, de reflejo de la historia: «Pero *Aire nuestro* (y desde luego *Y otros poemas*) es como toda gran poesía el espejo fiel de un mundo histórico: en las dos acepciones de la palabra «espejo», retrato y modelo, expresión y norte. Espejo que refleja y espejo que guía. Un escritor español de nuestros días ha dicho que la historia del hombre es la suma de sus gestas y de sus sueños. O si se prefiere podríamos alterar la famosísima definición orteguiana —«Yo soy yo y mi circunstancia»— dándole la formulación siguiente: «El hombre es su circunstancia más sus designios». La literatura, y particularmente la poesía, expresaría tanto el estar como el soñar del hombre: pocos poetas han cumplido tan consistentemente esa dual función de su obra como Jorge Guillén (9).

La idea de que cualquier cosa puede inspirarle, sobre todo aquello que sea humano y al hombre se refiera, se combina con la de que nuestro poeta se halla vinculado a ese mundo de manera permanente como un (p. 15)

Eslabón diminuto.
De universo que envuelve,
Atomo nada más,
que se desdobla,

que se siente alumbrado con la claridad de la mañana al despertar.

Rafael Lapesa, en relación con la vinculación de Guillén a nuestro universo, escribía ya en 1974, con ocasión de la aparición de *Y otros poemas*, que «el poeta y su mundo se nos presentan en su integridad y en su integración. Y ese mundo no es torre de marfil ni paraíso lejano: incluye la actualidad palpitante, que urge a tomar posiciones» (10). A pesar de todo, Guillén —como hemos apuntado— mantiene un sensato gusto por lo antiguo, y sus evocaciones de elementos hoy presentes, aún vivos, que reflejan el pasado, no nos ofrecen ninguna duda sobre sus preferencias. Observemos, como contrapunto de poemas que más adelante leeremos, la bella evocación de «Una plaza» de Palermo (p. 17):

Iglesia San Francisco,
Gótico nada enfático.
La plaza, menestral, y la mañana,

(9) JUAN MARICHAL: «Historia y poesía en Jorge Guillén», en *Jorge Guillén*, cit., p. 29.

(10) RAFAEL LAPESA: «Un nuevo libro de Jorge Guillén», *Insula*, 336, 1974, p. 1.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Sonora, suman pueblo.
De un carrito de frutas y legumbres
Debe tirar un asno,
Los arreos joviales.
Vivísimos colores de una moña
Concluyen la cabeza.
Rebuzna el asno con deseo fuerte.
¡Borrica no! Ya un mulo
Pasa, roza la súplica.
Se piensa por contraste en Polifemo:
Cantó bien su ansiedad ¡Sol de Sicilia!
El aire claro envuelve los rumores
Que, sucesivos, van acompañándose.
Asiste la Edad Media,
Tan silenciosa desde su fachada.
Las uvas, el tomate —con sus verdes,
Sus rojos— y ese lujo de morados,
En la gran berenjena
Resplandecen, seducen
Bajo esta luz de ahora,
El mismo sol de todas las edades.

Son interesantes en este poema las notas estilísticas que conforman un contexto cuidado. Versos endecasílabos y heptasílabos trazan el cuadro de lo que permanentemente domina: la iglesia, la plaza, los animales, las frutas del mercado, el sol de Sicilia. Todo es plácido y ameno, cálido y sensual. Claridad en el aire y rumor mesurado, combinan con vivos colores en las frutas del mercado —rojo, verde, naranja—. Todo es seductor, como el mismo ambiente. El poema podría muy bien pertenecer a *Cántico*. Su intemporalidad va reflejada en todos sus versos y concentrada en el admirable endecasílabo final:

El mismo sol de todas las edades.

El sentido de permanencia de lo pasado está presente en este libro de Guillén en otras ocasiones. Es un libro de vejez y parece lógico que así sea. Se configura este tono un poco como contraste, con otros poemas en que domina el espíritu de destrucción. Véase el titulado «Palacio, Biblioteca» (p. 81):

La biblioteca en el palacio viejo
Da a sus libros un aura inteligente,
Que predispone a la lectura lenta,
A las sabrosas averiguaciones.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Raro quizá el lector de estos volúmenes,
Revestidos de bellas pieles, oros
En tejuelos, a gusto bien erguidos
Y por tamaños ordenados, velan,
Aguardan tiempo con memoria firme,
Pese a la destrucción innumerable.

En él se distingue el respeto —de nuevo firme— hacia lo antiguo, hacia aquello que nos muestra un pasado seductor. La lectura lenta, la averiguación sabrosa que se anima por la propia belleza plástica de la ordenada biblioteca dan el tono lírico a los elementos prosaicos de su contenido. Sólo la ambición intelectual convierte este poema en algo poético que renace en el deseo y admiración por la permanencia. El endecasílabo final de esta décima de arte mayor nos avisa de algo que empaña lo agradable de la biblioteca, su afecto. Es una posibilidad que de pronto se torna en reto. El tiempo, la memoria, permanecen.

pese a la destrucción innumerable.

El presentimiento de trastorno se hace realidad cuando Guillén contempla la inundación de Florencia de 1963. La destrucción amenaza la permanencia de lo antiguo que el poeta antes ha glosado. «Impulso hacia la forma» (p. 96) contiene un impresionante enfoque que entrevé renovación en la naturaleza dislocada. Un fenómeno natural tan de nuestro tiempo, queda así reflejado en estos versos, primera parte del poema titulado «Arno furioso»:

Sobre la ciudad el río
Se ha volcado con la furia
Del Absurdo. Albedrío
De nadie, que bien injuria.
A corrupción corre todo,
Agua invasora da barro,
El barro llega a ser lodo,
Al fin basura de carro.

¿Es primitivo candor
De aquella Naturaleza
Genesíaca? ¿Albor
Nuevo? ¿A crear se empieza?

Mugre mas podre, fracaso
De residuos, una broza
De violencias al paso
Del azar. Monstruo, destroza.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Imperativa Natura
Sigue su curso y no sabe
Más que seguir. Así dura:
Cumple ley, ignora clave.

Evocaciones como la de la naturaleza genesíaca han suscitado a Oreste Macrí palabras reveladoras, que ponen en relación modos muy del 27, como los que señalamos antes. Según el crítico italiano, después de leer este poema «nos parece a la vez más fútil y absurda la distinción que establece cierta crítica dentro de la generación del 25 entre poetas puros e impuros, intelectuales y superrealistas, hasta la de una derecha y una izquierda...; aquí canta el mismo genio generacional (aun, sí, tan diferenciado en la voz de cada uno) que dictó la selva de Aleixandre, los Angeles de Alberti, la metrópolis de Lorca, las gracias de Cernuda, la América virgen de Neruda, etc.» (11).

Pero obsérvese además el sentido de permanencia de la Naturaleza que sigue —cumpliendo sus leyes— y dura frente a lo artificial y a lo artificioso como podría ser la ciudad, la concepción humana de una ciudad. Aunque en este caso no sólo lo que perece es artificio, sino también arte, el arte de Italia, perdido ante la ley de la Naturaleza y el turbión inundador.

El poema contiene una segunda parte aleccionadora, titulada «Super flumina» (p. 97).

¿Y si hubiese una ley que fuera una intención
Como una clave sabia?
Recordad a Isaías.
Es el propio Yavé
—Ninguno más terrible—

Quien manda Potencia
Como turbión en granos de granizo,
Como un impetuoso llover y más llover
De torrenciales aguas
Que todo lo derriban y lo inundan.

Lloren junto a los ríos,
Mientras de aquellos sauces penden mudas las cítaras,
Los siempre tan dispuestos
Al abandono de esa terca empresa
Que es nuestro convivir, todo inventado.

(11) ORESTE MACRÍ: *Op. cit.*, p. 452.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Italia
Crea y nos tiende en alto su hermosura
Junto a ríos de orillas implacables
En su impulso hacia la forma.
Italia: maravilla sin cesar reanudada.

Los últimos versos, los finales, contienen de nuevo la noción de renacimiento tras la caída intuida en el primer cuadro de los que componen el conjunto.

La vida sigue y se renueva una y otra vez de una manera absoluta, a pesar de su fragilidad: la metáfora del cristal de Venecia, frágil *per se* y *per accidens* como la misma ciudad italiana, es válida y reveladora y de una intención crítica, al tiempo que relacionable con los poemas anteriores, por la nota de caída de un valor artístico. El epigrama siguiente nos introduce en un ambiente de fragilidad cerrado por una gran interrogación (p. 393).

Todo es precario, todo es inseguro,
Y la vida... Cristal de una Venecia
Que se hunde en el agua lentamente
Sin cesar. Y los hombres, tan brutales,
Preservan organismos delicados
Gracias al gran rigor de esos conjuntos,
Muy frágiles. ¿Vivir no es gran victoria?

Hemos podido observar, a través de estos poemas, la presencia del mundo urbano con contenido tradicional en la poesía de Jorge Guillén, y apreciar el valor que le concede como permanencia y como arte. Pero cabría preguntarse si es el mismo el tono que preside las evocaciones de nuestras ciudades actuales o si, por el contrario, se cierne sobre ellas el tono del desprecio y la animadversión. En cierto sentido, la admiración por un pasado sereno reflejado en vetustas piedras de ciudades, es incompatible con la de los complejos urbanos modernos que tan distintos parecen, en forma y espíritu. Sin embargo, no parece ser ese el tono de estas tres evocaciones aparecidas en el libro bajo el significativo título de «Consumación» (p. 19):

I

Automóviles rotos: cementerio
De metal y madera.
La chatarra también es algo serio.
Como la primavera.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

II

Gran ciudad. Día gris. Con bruma el humo.
Fábricas. Desperdicios.
En arrabal, del hombre sólo indicios.
Limón aún, sin zumo.

III

Montones de carruajes: camposanto
De madera y metal.
También esa chatarra tiene encanto:
Perfección de final.

Ante todo podemos señalar que nos enfrentamos con la impresión del poeta frente a un trivial, frecuente y normal cementerio de coches. En él se unen la idea de cementerio —que reúne lo que ha dejado de ser— y el fundamento en una civilización moderna, que arroja tales detritos. Pero el punto de vista del poeta sorprende en el primer cuarteto con la comparación encerrada en el heptasílabo final «Como la primavera». Idea que queda negada en la contextura basada en «flashes» o fogonazos informadores del paisaje de los contornos. No hay una preocupación o contenido estéticos; la presencia de la naturaleza se reduce a un limón sin zumo y, apenas, se presiente el humanismo como huella del hombre: «Del hombre sólo indicios». Y en el tercer momento, insiste de nuevo, creando un ritmo envolvente, en el cementerio —ahora, tremendamente, «camposanto»— con su carácter encantador, sólo residente en la perfección que contiene por ser un final.

Pueden responder estos versos a un espíritu muy de Guillén ya antiguo de envolver de interés —en este caso de encanto— algo que no lo tiene, y que sólo el sentido de «consumación» que lo preside, explica el tono metafísico del poema. El cementerio de coches es algo cerrado, finalizado y en su sentido etimológico perfecto: ese, sólo ese, es su encanto y en él reside su evocación estética.

Aparte, claro está, aparece la fealdad irremediable de las cosas: día gris, humo, fábricas, desperdicios; y de las palabras nada eufónicas; chatarra, arrabal, carruaje. Y más aún, por encima de todo, la deshumanización que domina, sobre todo, en el cuarteto central, reflejo y canto de una ciudad sin hombre.

No siempre, sin embargo, es este el talante que adoptan las evocaciones urbanas en *Y otros poemas*. El hombre está presente en ellas otras veces y las preside, hasta dominarlas. El elemento estético está bien patente, más cuando se destaca en el poema el juego de luces que lo ambienta en esta madrugada. El poema «Madrugador en la ciudad» (p. 29)

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

nos refleja bien claramente la simbiosis hombre-calle en una alborada urbana cualquiera:

El cielo gris y blanco de este día,
Que acaba de nacer sin arreboles,
Recibe con deleite algunas luces
Eléctricas, las públicas, gozadas
Ya también por alguno, matutino
Sonriendo, sensible a una magnífica
Sensación de acto heroico. Soledades
Con su resto esquelético de noche
Afronta a paso firme el transeúnte,
Insigne en la ciudad, su vencedor.

El sentido de soledad no es, sin embargo, algo metafísico o agobiador, sino más bien consecuencia serena del momento del día. El hombre no se siente vencido, sino vencedor, y a paso firme atraviesa la ciudad, como el lector atraviesa el poema hasta alcanzar la primera pausa fuerte mediado ya el séptimo verso. Luego, sólo la conclusión, irónica quizás, del hombre vencedor de una ciudad no batalladora, completa el poema.

La estructura de esta décima endecasílaba, que Guillén como sabemos domina muy bien en todas sus modalidades, juega un importante papel en la expresión estilística de un contenido intenso.

Pero no siempre los aspectos del mundo moderno que entran en juego en el poema funcionan así. Hay momentos en que la expresión y el contenido se tornan patéticos, como en ese epigrama titulado con sarcasmo «Pane, amore e fantasia» (p. 406), en el que las estructuras semánticas consiguen un especial pavor:

—Cuántas ruinas. ¿Bombardeo?
—Terremoto.
—Más, más ruinas. ¿Terremoto?
—Bombardeo.
Hombre y Natura: monstruos. No calumnio. Lo anoto.
Y me pasma el planeta, bellísimo y tan feo.

Conjuga este poema dos posibilidades de destrucción tremendas, la natural del terremoto y la «civilizada» del bombardeo. Vemos en contraste con el poema que se ocupaba de las avenidas del Arno, que aquí también la posibilidad de destruir viene concedida al hombre como ser civilizado. Ese planeta destruido, a pesar de su belleza que se expone y dilata en los dos versos extensos, condensa finalmente la alternancia inicial variada en verso y entonación.

Los desastres de la guerra ocupan preferente lugar en *Y otros poemas*,

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

y consiguen o producen variadas meditaciones de profundo humanismo incrementadas por un tono de rebeldía y tragedia. Esta se aumenta, ante la imposibilidad de remediarla puesta de manifiesto, cuando se contrasta con nuestra confortable vida cotidiana. Es cuando la tragedia, el crimen permitido y el abuso hacen su aparición en nuestro televisor, mezclados con los habituales anuncios publicitarios comerciales a que nos tiene acostumbrados la sociedad de consumo. En lo cotidiano, en lo habitual, en la costumbre, se introducen el atropello y la muerte. El poema «En la Televisión» es lo suficientemente revelador (p. 112):

Televisión. De pronto campo
Confuso de gentes, un día
Cualquiera.
Si es guerra, no hay crimen.
Se ve a un prisionero. Camina
Con paso forzado hacia donde
Se concentra alguna milicia
Que sin más,
vivir cotidiano,
—No hay pompa— dispara, fusila.
La figura del prisionero
Se doblega, casi caída.
Inmediatamente un anuncio
Sigue.
Mercenarias sonrisas
Invaden a través de música.
¿Y el horror, ante nuestra vista,
De la muerte?
Nivel a cero
Todo. Todo se trivializa.
Un caos, y no de natura,
Va sumergiendo nuestras vidas.
¿De qué poderío nosotros,
Inocentes, somos las víctimas?

Obsérvese la insistencia en las ideas de «natural», de «normal», en que puede llegar a convertirse para nosotros un crimen así, evidenciado en palabras como «un día cualquiera» «sin más», «vivir cotidiano», para llegar a la conclusión tremenda de que «todo se trivializa». La carga emocional del poema, cuya referencia a la cruda guerra de Vietnam es evidente, aumenta la tensión de un contenido modulado en el dolor y en la rebeldía mezclada con la impotencia ante ese desastre «no natural», sino «civilizado». Y es que este mundo que vivimos, a fuerza de acostum-

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

brarnos a la destrucción, la ha llegado a hacer trivial y no sólo en lo que se refiere al crimen, sino en otros varios aspectos, como veremos más adelante. La televisión, como medio de difusión de masas, tiene eso. Pero el enfoque aleccionador y perspectivista de Guillén nos vuelve a la realidad del crimen y del dolor, a la realidad de la muerte, que al ser sensible no pueden hacer olvidar las sonrisas de una bella anunciante.

Antes nos hemos referido al contraste entre naturaleza y civilización con resultados siempre negativos para el mundo natural. Sin embargo, en alguna ocasión la lucha entre ambos poderes puede quedar equilibrada en beneficio, un poco, de la cultura; en favor —en el caso que citamos— del libro. Es curiosa la forma de plantear el tema en el siguiente epigrama (p. 430):

¡Cuánto bosque talado se adelgaza
Por nuestras hojas de papel y viento!
Los árboles son víctimas de caza:
Libros. El creador es violento.

Pero aun en momentos como estos se presiente una cierta amargura causada por la siempre sufrida naturaleza en nuestra sociedad «avanzada» y moderna. Aun el propio creador, el artista en su sentido más primario, se convierte en un ser violento que hace daño, porque la propia contextura de nuestro mundo le obliga.

La violencia sería, según Guillén, el signo más claro de nuestra civilización y aun de nuestra cultura. Violencia incluso que desemboca en muerte, presidida por la rapidez, el ímpetu y la furia de nuestros días. Una décima, la que inicia el grupo que recoge bajo el epígrafe de «Muertes» (p. 84) nos ofrece una muy lírica visión de algo sintomático de la violencia de los días de hoy, ante los que el poeta, sin tomar posición posible, asiste asombrado:

Iban felices y veloces hacia...
Hacia su muerte. Sí, chocaron: término
De un golpe, se deshizo para siempre
La tan veloz felicidad. Sin meta
Se hundió la luz en una larga noche
Que ellos no habrán de ver. ¿El desenlace
Mortal está por todos bien previsto?
No este brusco, terrible corte breve
Que nos descubre caos al acecho
Bajo la creación amenazada.

El sentido de ruptura vehemente parece presidir el poema, que incide, por otra parte, en los tradicionales motivos de la imprevisión de la muerte

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

y su inexorabilidad, aunque ahora enfocados desde la aleccionadora perspectiva de un hecho demasiado frecuente en las violentas horas de nuestra era.

Creo que la efectividad lírica del poema reside en el sentimiento de frustración ante el dominio de fuerzas incógnitas que gobiernan nuestra existencia. La realidad viva de un amenazador caos presente que oscurece nuestros días, se traduce en expresiones tan significativas como las que derivan de las palabras finales: acecho, amenaza. Y particularmente para la creación, en el sentido tan fecundo que tal palabra tiene para Guillén siempre.

La imagen del poeta que normalmente se nos ofrece, parece adquirir con esta serie de enfoques tan actuales —y permanentes— una nueva dimensión humanística y, usando términos de hoy, comprometida.

En este sentido, sus visiones de la ciudad parecen definitivas. Frente al enfoque que advertimos en el poema «Madrugador en la ciudad», en el que el hombre, aprovechando la soledad del alba, dominaba la ciudad, en el titulado «Con Rafael Alberti» (p. 314) presenta un panorama verdaderamente aterrador de las grandes urbes modernas:

Roma, París, quizás en todas partes...
Henos, pues, asediados por los coches,
Los coches de presuntos asesinos
Que buscan su botín de transeúntes.
Tú, vanidoso de furor estúpido,
Que en selva de feroces alimañas
Conviertes la ciudad de insigne historia,
Nula bajo el instante velocísimo:
¿De caza vas? ¿Con qué recurso intentas
Matar el soberano aburrimiento
Que padeces, gran automovilista?
Toreas sin el arte del toreo
Que lidia reses bravas. ¡Espectáculo:
Lidia de transeúntes! Muy valientes.

El poema está escrito para otro gran libro sobre temas urbanos: el titulado *Roma, peligro para caminantes,* de Alberti. Tuvimos ocasión en el trabajo ya citado sobre Lorca y Alberti, de comentarlo someramente, cuando señalábamos que «Guillén, el más fino y elegante poetizador del orden y del equilibrio, de la paz y del sosiego que ha tenido nuestra lírica contemporánea, se enfrenta indignado contra el tráfico ruidoso y aplastante de las grandes ciudades» (12).

(12) FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA: *Op. cit.*, p. 61.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

La consideración de la ciudad como peligro, que en el Alberti de Roma tiene un sentido especial —de «aviso» en la más clásica de sus acepciones—, en Guillén adquiere un aspecto de peligro físico, de peligro para los transeúntes, en su sentido moderno, en lugar de los caminantes de Alberti. Todo queda reducido —y universalizado— a lo actual, a nuestros días y a todas partes. Las alusiones a la selva de feroces alimañas y a la lidia, responden a un claro sentimiento de impotencia ante el moderno tráfico urbano.

No nos resistimos a compararlo a una conocida décima que, escrita en Murcia e inspirada por esta ciudad en 1927-28, captaba así el ambiente, tan distinto y ya desaparecido, de nuestra ciudad. El *Cántico* de 1928 lo recogía de este modo (13):

El caserío se entiende
Con el reloj de la torre
Para que ni el viento enmiende
Ni la luz del viento borre
La claridad del sistema
Que su panorama extrema:
¡Transeúntes diminutos
Ciñen su azar a la traza
Que con sus rectas enlaza
Las calles a los minutos!

Casi medio siglo separa estos dos poemas, estos dos momentos en una distancia poética que define bien la admiración por nuestro mundo y su reflejo fiel. Más que un cambio en el poeta, ha habido —quién lo duda— un cambio en el ambiente, en la contextura urbana de nuestras ciudades.

Aunque en *Y otros poemas* no faltan temas en los que la quietud envuelve a la ciudad. Uno de ellos lo hemos reproducido más arriba; ahora lo podemos ver completado con este primero de sus «Nocturnos» (p. 45):

Una quietud presente me rodea.
Es noche de universo ahora mudo.
Todo es aquí ciudad: sumisa idea
De silencio. Callado, yo la ayudo.

El ambiente urbano va acompañado ahora por el silencio nocturno que el poeta apoya con el suyo propio. Y con este silencio final dejamos de momento la ciudad para vivir el entusiasmo del poeta anciano por aquellos inventos que el progreso de nuestros días ha traído entre nos-

(13) JORGE GUILLÉN: *Cántico*, Revista de Occidente, Madrid, 1928, p. 114.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

otros. El viejo poeta descubre relieves de encanto en aquellas cosas que le puede ofrecer el mundo nuevo. Así, desde la perspectiva del avión, se le revela un mundo nuevo y desconocido, en el que trasciende el sustrato que preside todo el libro: el sentido del caos, el reflejo vivo de nuestros días. El poema «Imagen de caos» nos da la medida de este asombro y entusiasmo (pág. 30):

Desde el avión contemplo
Por entre nubes un caos,
Si monótono, versátil
Con mutaciones de blancos,
Una errabunda materia
Que algo quiere más compacto,
El desenlace concreto,
Quizás al fin hoja, pájaro,
Seres y seres distintos,
El mundo en que nos salvamos.

La impresión que produce no puede dejar de ser interesante. Las masas informes de las nubes que el poeta divisa a través de los cristales de un avión, provocan un sentimiento de afecto hacia un mundo nuevo e imaginativo en el que falsas formas generan seres errabundos por los espacios celestiales.

El avión como tema de Guillén también ofrece otra perspectiva, la causada por la velocidad que en poco tiempo permite cambiar incluso de clima o estación. Uno de los primeros epigramas, en sus breves versos, nos avisa de esta facilidad del mundo de hoy (p. 362):

Partimos hacia el aire de otra esfera
Sobre nubes con íntimas auroras.
El avión rasgó sus leves horas
Y aterrizamos en la primavera.

El ambiente de intimidad en la aurora ofrece un particular encanto al poema. Y ya que de medios de transporte, aun usando una prosaica noción, hablamos, hemos de traer aquí otros versos en los que Guillén recuerda los trenes expresos como algo más castizo y veterano que como invento de nuestro mundo. La evocación inicial de Campoamor es lo suficientemente sugestiva de una época pasada y bella. «Trenes expresos» nos ofrece un mundo moderno, pero pasado, en tres estampas (P. 296):

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

I

empezó el tren a trepidar

Viajaré en tren expreso. ¡Qué poema
Yo escribiría a lomos de un furor,
Superior al galope que se extrema,
Corcel! ¡Oh don Ramón de Campoamor!

II

Aquella luz de gas, los largos túneles,
El paisaje veloz que sueña el tren,
Sentir más hondamente el sino humano.
La almohada fugaz en nuestra sien...

III

la voie ferrée, les routes, les provinces,
les horizons.
VALERY LARBAUD, «A. O. Barnabouth», 260

A través de esa América el expreso,
Ya anacrónico, dice la verdad:
Envejecéis de prisa, novedades.
¡Aquellos «Grands Express Européens»!

La calidad sensorial de la evocación parece notable, sobre todo si se observa ese recuerdo en la sensación de la almohada sobre la sien, que podría relacionarse con aquellos autores —Clarín, Proust— cuyas sensaciones corporales provocan y atraen ciertos recuerdos del pasado. Pero con la evocación del tiempo anterior, viene también el desprecio hacia lo nuevo, para lo que sirve de prueba el furor de estos otrora modernos trenes, que el tiempo se ha encargado de envejecer y condenar al olvido «de prisa». La impresión del paso del tiempo en estos versos de añoranza destaca sobre cualquier otro aspecto, quizá por lo efectivo del medio utilizado a través de ligeras sensaciones táctiles. Otras veces, impresiones parecidas quedan prendidas en los recuerdos de la niñez, del Valladolid natal y del apasionante panorama que se podía intuir —a base de fantasía, ilusión e imaginación— a la vista de los trenes (p. 471):

Valladolid. En la Estación del Norte
Mis ojos aun de niño contemplaban
Los potentes vagones de unos trenes,
Y releía el rótulo magnífico:
¡Los «Grands Express Européens»! Mis ojos

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Se me iban en pos de aquella fuerza
Que me conduciría, sueño firme,
—Eramos europeos— a una Europa
Muy real, muy soñada: vocación.

La vocación europea de Guillén se encendía en los últimos años del XIX leyendo un rótulo triunfalista que, pasado el tiempo, queda minimizado en su carácter técnico innovador y reducido al simple recuerdo emocionado.

Pero los elementos de la vida moderna, como los trenes o los aviones, pueden comportar en el libro otros contenidos. Sin buscar más lejos, la simple esfera luminosa de un reloj en la noche puede ofrecer al poeta, y al lector, una sensación de inestabilidad en el espacio, como esos números que se dibujan en la oscuridad (p. 420):

Yo, desde mi noche oscura,
Miro el reloj luminoso.
Los números de las horas
Contrarrestan el acoso
Del espacio sin figura.

Otras, el «espacio sin figura», «el paisaje en silencio», como si fuera un engaño a los ojos barroco, del epigrama siguiente (p. 368):

La potencia del telescopio
Descubre un astro lejanísimo.

Se ven montañas, selvas, mares,
Todo es visión en silencio.

No se registra la palabra,
Cúspide suma de aquel astro.

Es inútil gritar: ¡La Tierra!

Poemas como éste reflejan la inquietud de su autor que entrevé, en el paisaje dolorido, el desgarro expresado en el último verso. El astro lejano y silencioso, como los números del reloj, es objeto en el tiempo y en el espacio que rodean nuestra existencia diaria, aunque no percibamos su valor.

Sin embargo, en ocasiones, tras la noche y el silencio pueden los elementos de la técnica ofrecer una perspectiva estética que al poeta entusiasma por su cromatismo. El gusto de Guillén por los bellos efectos de luz en libertad y frente a la naturaleza, se observa también en esta visión nocturna y urbana (p. 355):

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Lámparas proyectan luces,
Resplandor azul, sobre el suelo
Que alumbra también la amarilla
Claridad de los coches: cruces
Bajo el aún llovido velo
Del asfalto. Lo oscuro brilla.

La paradoja se produce cuando lo oscuro brilla por obra del progreso técnico. Pero no siempre surge la maravilla. A veces, un motivo que el triunfalismo norteamericano ha considerado trascendente, al poeta le provoca diversas reacciones que expresa en cuatro tiempos, en cuatro cuadros anímicos y especialmente líricos, ante un hecho trascendente. Así se ofrece en el poema titulado «Hombre y luna» (p. 123), compuesto bajo los efectos de la reciente conquista de nuestro satélite por el hombre y dedicado certera y agudamente «al snob de Occidente». En la primera de las cuatro variaciones, Guillén hace funcionar su tensa ironía, rica en imágenes delimitadoras:

I

Hombres-máquinas, lentos animales,
Tendidos, lentos monstruos,
Crustáceos-galápagos mecánicos
Yacen como si fueran prisioneros
Y mártires —o héroes—
En sus torturas. La gran torre asciende,
Vuela por los espacios ya posibles
Con furor minucioso,
Con esfuerzo del ánimo y del músculo,
Con dominio mental.

La acumulación de adjetivos y palabras asociadas por medio del guión, fabrica el ambiente ideal de escepticismo en que se va a desarrollar todo el poema. Obsérvese en el segundo de los cuadros que la impresión del poeta se apoya y se cifra en la ausencia de un ingenio artístico y arriesgado. Aunque pueda haber «suspense», los números, la exactitud de los movimientos astrológicos y los riesgos calculados restan humanismo a la empresa. No hay aventura y todo puede desarrollarse dentro de un mero cálculo:

II

Los tres hombres, adictos al espacio,
Giran en torno del planeta y siguen,
Fuera ya de la órbita terrestre,

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Hasta llegar al reino de la luna.
Entonces con su fuerza resistida,
Ya centro de atracción, y en un instante
Muy previsto según astucia sabia,
Comenzará el retorno hacia el origen,
Y entre sutiles riesgos calculados,
¿Qué pasará? Los hombres ingeniosos,
Geniales, testarudos, muy pacientes,
Vigilan, sueñan.
¿Todo es un delirio
Más allá de los límites probables,
La suma tentación de este planeta,
Obediente a rigores matemáticos?

En el tercer cuadro, la estructura del poema se divide en tres partes. Un verso sólo, el primero, nos anuncia que los astronautas están en su luna. Otro momento, el central, a través de cinco versos, nos vuelve a destacar la falta de aventura que se condensa en ese lapidario endecasílabo final:

III

Los astronautas llegan a su luna.

Orden extraordinario de los astros
Y de los astronautas, celestiales
Cuerpos también, acordes al destino
Con una precisión de movimiento
Que sin cesar se cuenta por segundos.

(Desorden sin tensión: arbitrio fácil.)

El final, último cuadro de una sucesión escalonada, nos trae nuevos puntos de vista: el sentido estético de un planeta visto desde una perspectiva insólita, que lo único que consigue es agrandar y confirmar lo triste y lo minúsculo de este planeta nuestro en el concierto de todos los cuerpos celestes. Vuelve a destacarse el escepticismo del poeta que no ve ni logro ni mérito en esta conquista de la técnica. Más bien, al contrario, refleja la pequeñez del ser humano que se condensa en otro interrogativo y sugerente endecasílabo final y aislado:

IV

Hemos visto la Tierra
Como un astro lejano,
Masa resplandeciente,

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Sólo una luminosa masa informe,
A veces más vecina,
Redondez elegante.
Hemos visto la Tierra como estrella,
Una más en el coro de los coros,
Minúscula estrellita inteligente,
Criminal, asombrosa,
Desconocida voz en esos cielos.

¿Cuáles serán los límites del hombre?

Seguramente la conquista de la luna pudo ser para muchos un logro de extraordinario valor que convirtió el día en una jornada histórica. Pero nada de lo que se ha hecho ha podido ser más distinto del ideal que el hombre podía imaginar de la primera visita a nuestro satélite, como culminación de una aventura hacia lo desconocido, rodeada de peligros y de inquietud humana. Si recordamos, en el campo de la literatura, del ambiente que se rodeaban en las literaturas futuristas y de ratura, del ambiente que se rodeaban, en las literaturas futuristas y de ciencia ficción, las conquistas espaciales, veremos aún más marcada la diferencia. Porque, en efecto, aquí nos hallamos en otro terreno, en el que la incertidumbre ha pasado, no está presente, ha desaparecido, y con ella el encanto de la ignorancia aventurera tan humana, ante el avance de la técnica, ante la previsión física y numérica que no dejaba margen a la improvisación y a la imaginación. La frialdad de una aventura, así sólo, únicamente, puede emocionar al sofisticado «snob de Occidente» a quien va dedicado tan completo y armonizado poema. El fiel reflejo de una hora tan feliz de nuestro mundo sólo puede, por tanto, ser enviada a esas personas frívolas que, más que con un sentido humano e intenso de nuestra vida, la entienden con una superficialidad electrizante y atroz.

La tremenda *sátira* lunar de Guillén parece estar dirigida a una dama como la que queda retratada en la *sátira* titulada «Noche festiva» (p. 186):

Con su hermosa izquierda la dama
Sostiene en alto el cigarrillo.
(Luce desdeñoso un anillo.)
Ya tanta majestad se aclama
Silenciosamente a sí propia.
¿Qué ideal de sí misma copia
Mientras contempla el aire vago?
El egregio quiere ser mago,
Convertirse en su personaje.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Esta ya gran dama se jura:
«Crearé mi nueva figura».
¡Que su esfuerzo no se relaje!

Los doce eneasílabos que componen este poema, enlazado con una rima consonante derivada de la décima clásica, mantienen un ritmo en cierto modo ampuloso y sofisticado para definir a la dama superficial que cuida el gesto. Personaje muy del mundo de hoy, que no podía faltar en un libro tan fascinantemente actual como éste, ocupa su lugar en este espacio mundano, como tampoco faltan los temas aprendidos en los días de la convivencia norteamericana, algunos tan intensamente humanos como el problema de los negros, de palpitante actualidad. Guillén no es un espectador despreocupado ni ajeno a lo que a su alrededor sucede, ya que su enfoque de la situación es comprometido con la realidad y presidido por el humanismo característico de su libro. Véase una entre las varias ocasiones que su preocupación por el abuso inhumano aparece en el libro (p. 128):

Esos negros furiosos, destructores,
Arrebato de cólera infinita,
Son los más humillados de la Tierra.

Nietos de abuelos-cosas,
Vendidas por cristianos
Infames a cristianos correctísimos,
Correctamente infames.

Ese niño que se mira en el espejo
Que unas manos muy blancas le presentan,
Y descubre su error,
El implacable error de piel no blanca.

Ay, la imagen cruel de tanto espejo...
Los romperá en añicos uno a uno.
Basta ya, se acabó.

Y la imagen, entera,
Es hoy una pantera.

La historia en cruda síntesis de palabras, transporta la violencia que se advierte en el presente. El poeta expresa de nuevo el clamor ante esta injusticia, una de tantas, en nuestro mundo.

Entre los sectores en que imaginariamente podríamos dividir el contenido de *Y otros poemas*, ocuparía también un importante lugar el formado por aquellas impresiones subjetivas que en el poeta, a través de

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

las sátiras, las glosas o los epigramas que componen el libro, van produciendo objetos y problemas de nuestros días. En el lugar más insospechado puede saltar el drama o la observación patética de un elemento de nuestro mundo que preocupa al poeta y le produce congoja o ansiedad.

La observación de un acuario —belleza y mecanización—, por ejemplo, hace al poeta meditar sobre el silencioso mundo interior reprimido entre los cristales, ante la incomprensión del hombre, que lo contempla (p. 31):

Por el silencio del acuario bogan,
Se deslizan, discurren peces suaves
Que lentamente giran, tornan, siguen
Por una ruta sin quehacer, sin meta.
¿Se aburre el pez en ocio que no acaba?
El tedio es sólo humano. Pez profundo
Nace, come, se reproduce, dura,
Ignora su destino —como el hombre
Que, testigo tras un cristal de acuario,
Admira, se interroga, no comprende.

El mundo animal así denominado puede contener una efectiva parábola y enérgica protesta. En el titulado «Oso en circo», nuestro poeta ve la parodia triste de un ser vencido y dominado por otro (p. 37):

Aquel oso de circo era muy hábil.
Ascendía y bajaba puntualmente,
Peldaño tras peldaño, su escalera,
Caminaba correcto, no pomposo,
Erguido bien, andaba en bicicleta
Bajo una piel muy limpia, señoril
Con un lujo de humano cortesano:
Suave, seria parodia —de vencido.
Y volvía de pronto a su postura
Más natural, las dignas cuatro patas.

Unos edificios de cemento evocan a Guillén la sociedad de consumo en que nos hallamos inmersos, ese universo donde los valores espirituales y humanos se hallan desplazados. El mes de abril, tan simbólico como resonancia y nacimiento, queda transformado en su esplendor en la siguiente décima (p. 173):

¡Qué poco abril en este abril!
Es falsa aún la primavera.
En el cemento, no el marfil,
De esas torres se desespera

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Ya la «sociedad de consumo».
Todo me sabe ahora al humo
Contaminado de negocio.
¿Qué fue de aquel zumo
Del ocio?
Consumo: soy víctima y socio.

El poeta ve envuelta su propia naturaleza en esta sociedad inhumana donde triunfa la incomunicación y los valores se pierden. En la *sátira* 8 (p. 115) añora el tiempo pasado planteando cosmológicamente el análisis de nuestro entorno a través de los cuatro elementos. Todos menos el fuego, quizá éste por su carácter siempre purificador, han perdido su neto origen y valores:

En esta sociedad tan avanzada
Ya no se pisa con placer la tierra,
Ni el agua es ya placer de bebedores,
No se goza del aire con profunda
Respiración. Del fuego, sí: purísimo.
¡Fuego en todos los frentes!

Y es que en frase de Tierno Galván ha perecido nuestra sociedad ante la «trivialización», que ya vimos en aquel patético «todo se trivializa» de un poema antes comenzado. Ahora el poeta amplía aquella idea en lo que debía ser lo más entrañable (p. 114):

Todo se trivializa:
La hermosa intimidad de la pareja,
También la extravagancia de los raros,
La figura apostólica,
El crimen ya no auténtico.

Todo se trivializa:
El amor, el terror,
Y más aún el odio,
Las aventuras revolucionarias,
Los últimos retiros de la mente.

¡Feria de baratijas!

El desprecio final sugerido por el mundo como feria de baratijas, y en el anterior por la televisión, nos introduce de nuevo en los temas y problemas de la sociedad de consumo, lo que tan hábilmente queda captado en el poema titulado «Toda la época o los anuncios en la televisión». Nos devuelve en el hilo de este trabajo a un tema tangencial al de nuestro

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

mundo, el de la génesis propia de nuestra vida. Por ello recogemos en el poema siguiente la cita cabecera que parece significativa, y evocadora la escala de sus firmantes (p. 175):

¿Qué es la vida?
CALDERÓN-MARX-ROCKEFELLER

El fondo del mar, las nubes,
Hombres, los árboles, brutos,
Gritos con saltos y danzas...
Sin cesar varía el mundo.
El sabio lo sabe y dice
Concluyendo: todo es uno.
Todo desemboca al fin
En un triunfal y seguro
FRASCO invasor, que se vende.
¡Economía, producto!

Quizá sea éste el signo más claramente representado en el libro de nuestro tiempo: el de los negocios, el del dinero (p. 129):

«Yo cobro, luego soy», con alegría
Dijo el hombre consciente de su ser.
«Seamos nuestro ser: economía.
Este planeta es hoy ese quehacer».
Girando vas, oh luna, en torno de Negocio:
Nueva designación. ¡De Negocio eres socio!

En conjunto, lo que queda claro es que vivimos incomunicados por la fuerza de la insolidaridad, por el dominio de la máquina. Oreste Macrí ha visto en el siguiente poema, definidor y sintético de cuanto decimos, todo el «maremagnum de *Clamor*, blanco el «animal humano» de un escarnio renovado con esperpéntica agudeza definitiva» (14).

La *sátira* 34 puede considerarse también amplia y ambiciosa, además de certera en su objetivo (p. 130):

Profundo, dice el hombre: «Vivo incomunicado».
Puede ser. ¡Desventura! O quizá privilegio.

Son ensordecedores los tropeles innúmeros
De comunicación que a todos nos asaltan.

Persiste sin cesar el grito del anuncio.
A los ojos acuden por sí mismas imágenes.

(14) ORESTE MACRÍ: *Op. cit.*, p. 462.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Se reiteran sentencias en fragor envolvente.
Las máquinas fabrican, las máquinas divulgan.

¿Quién no será partícipe del vasto maremágnum?
¿Qué verdades sabemos? Las máquinas, las máquinas...

Los grandes versos del poema recogen las grandes verdades del libro. El amplio alejandrino engrandece las afirmaciones y la sátira guilleniana, que adquiere un ritmo sentencioso quebrado en las interrogaciones finales. Sólo el machacante cierre reiterado contesta a lo que en el poema se intuye e interroga: «las máquinas, las máquinas...».

El gran error de nuestro tiempo, el paradójico certero «error» que lleva al hombre a la luna, es el cálculo inhumano, la máquina infalible que afortunadamente se diferencia en mucho de ese torpe ser —el hombre— que, sin embargo, a pesar de todo, se equivoca. En ese vacilar, en ese considerarse pequeño, está la gran poesía del hombre frente a la máquina (p. 335):

Trébol. «Somos, juntos en flaqueza».

Ya las máquinas piensan en vez del ser humano,
Y nunca se equivocan —sin cerebro. Mejor.
Privilegio del hombre: incurrir en error.
¿Se cae, se levanta? Muy bien. Es nuestro hermano.

El hastío, la incomunicación, el capitalismo y la guerra, la trivialización y la discordia serían los signos de nuestro tiempo que más deja sentir Guillén en este su último libro. ¿Cuál sería entonces la conclusión del poeta antes optimista? ¿Quizá ésta? (p. 132):

¿Es la gran hora de la decadencia?
El hombre se abandona a su impotencia,
Escupe, rabia, ronco o estridente,
Y por fin se vomita por su mente.
La mano sigue inmóvil en el guante.
¿Vencerá negación tan elegante?

Quizá la contestación más acertada sea la negativa. Por lo menos para Guillén, ya que la vida lo vale todo. El mundo incómodo no puede con el viejo poeta vallisoletano. Su esperanza y su entusiasmo por vivir no se han perdido ni mucho menos. Siguen, a pesar de todo, siendo nuestros días sugestivos, fascinantes (p. 43):

Este mundo de bestias iracundas, feroces,
Razonantes, retóricas, potentes, homicidas
Es nuestro mundo humano, fascinador, hermoso.
Quiero vivir en él: mi vida entre las vidas.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Sólo una conclusión podría cerrar este trabajo que ha pretendido revelar al lector un aliento poético humano, encendido y fortalecedor. La conclusión es la que se viene realizando hace tiempo de que Guillén es un poeta que *está* en nuestro mundo y vive sus precarios valores, fustiga los intentos —y los logros— de hacerlos desaparecer y satiriza la tremenda incomprensión característica de nuestro tiempo. Nada más auténticamente lírico que la pasión del octogenario poeta transcrita a lo largo de sus siempre pulcros versos. Mucho tiempo ha transcurrido desde *Cántico,* e incluso desde el totalizador *Aire nuestro* una gran distancia existe. Ya no podemos mantener, en todos sus términos, respecto a *Y otros poemas* —y por ende a la obra completa guilleniana—, lo que Debicki, con criterio globalizador, se adelantó a decir de *Aire nuestro* y que, en cierto modo, pudiera llegar a interpretarse como extensivo a toda su obra: «Sentimos que el poeta ha relacionado las diversas facetas de un mundo muy complejo para crear un cuadro coherente de la realidad y para subrayar el valor que ésta le ofrece al hombre. A pesar de todos sus matices, la obra afirma constantemente el orden y el significado de la vida, así como las responsabilidades del hombre: su deber de percibir la realidad, de aceptarla y ennoblecerla». (15).

Podemos considerar que Guillén ha trascendido estos límites y ha aumentado su visión del mundo y de la vida con nuevas perspectivas universalizadoras que, en todo caso, amplían y enriquecen la anterior visión y hacen de *Aire nuestro y otros poemas* una mucho más completa interpretación de nuestro mundo, con toda la variada serie de enfoques que a lo largo de cincuenta años ha ido creando el poeta al aire —nuestro— de sus impulsos cambiantes.

Las palabras que con más precisión y acierto mantienen su vigencia, aun después de publicado *Y otros poemas,* son las que Aranguren escribió sobre *Aire nuestro,* relacionando la poesía de Guillén con la actual crisis de valores. Los presupuestos y conclusiones de este trabajo intentan coincidir con el pensamiento del ilustre profesor de Etica, que opinaba así sobre una parte de la obra de Guillén con estas frases, extensibles ahora a la obra completa: «La actitud expresada en esta poesía, frente a la crisis actual de los valores, consiste en mantener, como se suele decir, una moral «elevada», una moral muy alta que, sin embargo, no tiene nada de estoicismo porque, como acabamos de ver, es de gozo, sabor y gusto de lo efímero eterno». (16). Pero ¿pueden alterar esa gran moral, ese espíritu fuerte, las sátiras, ironías y críticas afiladas de este último

(15) ANDREW P. DEBICKI: *La poesía de Jorge Guillén,* Gredos, Madrid, 1973 p. 9.

(16) JOSÉ LUIS L. ARANGUREN: «La poesía de Jorge Guillén ante la actual crisis de valores», en *Jorge Guillén,* cit., p. 272.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

libro? La conclusión sera que no, sino que a través de ellas realiza de nuevo un mundo ideal, deseable, digno de gozo, que se presiente en las apasionadas diatribas contra nuestro tiempo. A esta alta moral quedan unidos el sentido plural de su poesía, que desde *Cántico* hasta nuestros días ha ido sintiendo el mundo en cambio y haciéndolo sentir. La cosmovisión guilleniana queda así forjada y construida como una *energía* que ha sido capaz de registrar todos los variados latidos constitutivos de la vida de Jorge Guillén. Desde el día de 1919, en que ofrecía de nuestro mundo una visión joven y optimista, hasta estos años setenta han pasado muchas horas, pero el mundo poético ha quedado enriquecido con la gran experiencia vital de un poeta intenso e integrador.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"